
OLVIDO

Por Ángel GUERRA

Todos los sábados paraba allí el ciego. La niña, pálida, feúcha, con los labios mimosos y los ojos tristes, estaba siempre en el balcón, entre un marco de clavellinas. Con las manos en las sienas descoloridas, por donde resbalaban unos ricillos coquetones, escuchaba los lamentos de la guitarra, cuyas cuerdas hería las ásperas manos del ciego.

No faltaba nunca. Allí silenciosa, absorta, en éxtasis, sus ojos melancólicamente húmedos se llenaban de la luz borrosa de la tarde y sus oídos seguían con deleite las notas de la guitarra, por cuya boca parecían salir elegías lamentosas como ayes de un preso por las rejas, y de cuyo fondo se levantaba un acento dolorido, quejumbroso, como si dentro llorara el alma de un niño sin madre.

Sonaba el cantar, siempre triste, como el recuerdo de la patria en el destierro. Aquello eran lágrimas hechas voces, tristezas recónditas sollozando dentro.

Vibraban en el aire y luego desfallecían, y a lo último, cuando se extinguían los sonidos, el eco a distancia resurgía con dejes dolientes de despedida.

La niña dejaba caer la limosna, que recogía el ciego, besándola y aún lo seguía con la mirada al atravesar la calle desierta, hasta que su silueta se esfumaba paulatinamente a lo lejos.

Llegó a establecerse entre ambos un dulce cariño. La niña acudía siempre al balcón con el solícito afán de una novia a la cita.

De la vida del ciego nada sabía, ni aun su nombre, y apenas si comprendió que aquel espíritu se rendía a un gran dolor, y que acaso, acaso, en medio de la soledad del alma, no podía desahogar las penas sino cantando. Por eso las coplas eran lúgubres y los romances narraban amoríos desgraciados.

Compadecida, todos los sábados lo esperaba a la caída de la tarde. Y cuando se esbozaba en lontananza la figura del músico callejero, resaltando las líneas angulosas del sombrero abollado; y se percibía el color verdoso del gabán desgarrado y mugriento por donde asomaban las carnes tostadas, con la vieja guitarra al brazo, tambaleando, como un sonámbulo que anda, y la camisa sucia abierta mostrando el vello enmarañado del pecho, sentía nacer una alegría inexplicable, y sus ojos se iluminaban rápidamente con un fulgor extraño.

Llegó un sábado. El ciego parose bajo el balcón de la niña pálida. Sonó la guitarra y los cantares fueron saliendo como suspiros de un corazón que desahoga.

Callaron las cuerdas gemebundas, y extendió el sombrero para recibir la limosna. ¡Nada! La calle estaba silenciosa y el balcón desierto. ¿Dónde estaba ella?

Volvió el sábado siguiente, lleno de dudas, pero aún con la última esperanza. Sus coplas fueron aquel día más tristes, la guitarra parecía gemir desolada. Con mano trémula, como al del naufrago al agarrar una tabla, extendió el despachurrado sombrero. ¡Nada!

Sin duda lo había olvidado ya; tal vez hubiera muerto. ¿Muerto? ¡Quién sabe!

Sintió entonces todo el amargor de la vida; volvió los ojos vacíos al cielo, como en una desesperada súplica; en su espíritu rebosó el odio, la tristeza, el amor, todo, al contacto de mil recuerdos; estrechó entre sus brazos nerviosos la guitarra, su única amiga, como para ahogar aquella voz que respondía a su dolor; crujieron las débiles tablas rotas y arrojó las astillas a la calle, como el cadáver de una adúltera en un rapto de delirio, pero sollozando...

Y allá a lo lejos, rítmico, soñoliento, aún repetía el eco las últimas notas del cantar de la niña.
